

REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS

**LA COLUMNA PERSONAL,
ENTRE LA LITERATURA
Y EL PERIODISMO**

Discurso de ingreso del

ILMO. SR. DON JOSÉ ÁNGEL GARCÍA GARCÍA

en la Real Academia Conquense de Artes y Letras,
leído en Cuenca el día 12 de Noviembre de 2007

Y contestación a cargo del

ILMO. SR. DON PEDRO CÉSAR CERRILLO TORREMOCHA



CUENCA
2007

DISCURSOS ACADÉMICOS / 6

REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS

**LA COLUMNA PERSONAL,
ENTRE LA LITERATURA
Y EL PERIODISMO**

Discurso de ingreso del

ILMO. SR. DON JOSÉ ÁNGEL GARCÍA GARCÍA

en la Real Academia Conquense de Artes y Letras,
leído en Cuenca el día 12 de Noviembre de 2007

Y contestación a cargo del

ILMO. SR. DON PEDRO CÉSAR CERRILLO TORREMOCHA



CUENCA
2007

REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS
Centro Cultural Aguirre
Calle Aguirre, 2
16002 Cuenca

Serie: DISCURSOS ACADÉMICOS, núm. 6

Depósito Legal: CU-556-2007

Imprime: Gráficas Cuenca, S.A.
Avda. Juan Carlos I, 34

DISCURSO DE INGRESO DEL
ILMO. SR.
DON JOSÉ ÁNGEL GARCÍA GARCÍA

LA “COLUMNA PERSONAL”: ENTRE LA LITERATURA Y EL PERIODISMO

Ilmo. Sr. Director de la Real Academia Conquense de Artes y Letras

Ilmos. Srs. Académicos, Señoras, Señores, amigos todos presentes hoy aquí... Sean mis primeras palabras de agradecimiento a esta Institución que hoy me abre sus puertas, agradecimiento que concreto en la persona de su Director, el Ilmo Sr. D. Pedro Miguel Ibáñez, y de los demás componentes de su Directiva pero que evidentemente hago extensivo a cuantos la componen. Agradecimiento muy en particular también a quienes en su día propusieron mi candidatura y a quienes con su voto la apoyaron; igualmente para quienes – los Ilmos. Srs. D. Ángel Luis Mota y D. Miguel Ángel Moset - han sido mis Padrinos y para el Ilmo. Sr. D. Pedro César Cerrillo que ha aceptado gentilmente contestar a este mi discurso de investidura a cuya lectura voy ya de inmediato a proceder.

Cuando me puse a pensar en cuál podría ser el tema de esta mi primera intervención amparado por la Institución, se me planteó de inmediato la disyuntiva de embocar mi labor bien por el terreno de la literatura, bien por el del periodismo, que son los dos campos en los que me he ido moviendo a lo largo de mi vida. Amante de la duda como herramienta pero poco paciente a la hora de cualquier tarea, decidí, casi también al momento, no renunciar a ninguno de ellos y aunarlos en el acercamiento a un modo expresivo que a mi juicio – juicio que voy a tratar a lo largo de los próximos minutos que compartan – los alea y funde: la columna periodística personal...

“A los diarios españoles les ha crecido un bosque de columnas”¹ La frase pertenece al jefe de Estudios del Instituto Cervantes de Manila, Félix Blan-

co, que, tras citar la, cual tantas otras suyas, brillante imagen de quien fuera uno de los más conspicuos ejercitantes de esta modalidad expresiva, Francisco Umbral, de que “el columnismo es el solo de violín del periodismo”² – y de inmediato equilibrar tan lírica referencia con la mucho más contenida definición de la Academia Española describiendo al columnista como el “redactor o colaborador de un periódico, al que contribuye regularmente con comentarios firmados e insertos en una columna especial”³ - no duda en añadir que en ese bosque de columnas al que acaba de referirse “afina su pulso un escritor que se mueve entre el detalle y la categoría, entre el momento y la Historia, entre la glosa y la prolepsis”⁴ para, algo más adelante, afirmar sin rebozo que el columnista “ha asumido en España el papel de *filósofo mundano* que escribe en los periódicos como Sócrates contaba o rebatía en los mentideros de Atenas”⁵.

¿Solista? ¿Periodista? ¿Escritor? ¿Filósofo a pie de calle? ¿Qué demonios es el columnista? ¿Cual su hacer? Pues mire usted... Vamos a seguir rastreando opiniones, si les parece. De cazador de tópicos, narcisista insufrible y vendedor de intimidades lo califica – se autocalifica por tanto - Pedro Sorela, columnista él mismo aun cuando también novelista y profesor de la Complutense, que considera que quien lo ejerce pertenece a “una especie caníbal que se alimenta esencialmente de otros periódicos y columnistas”⁶. De forma bastante menos cruda y más doctrinal define al columnista el historiador y periodista británico Paul Johnson al describirlo como un “escritor que juzga”⁷ según la cita al canto de la titular de la Complutense María Jesús Casals que – aun que al hablar de la columna periodística no duda en referirse a “esos embusteros días del ego inmarchitable”⁸ - se muestra sin embargo más que magnánima (al menos con sus más cualificados representantes) al afirmar que “los columnistas personales son, en el mejor de los casos, buenos escritores de piezas cortas”⁹ ¿Nos aclaramos? No mucho, ¿verdad?...

Quizá... quizá lo mejor sea, dejándonos de apreciaciones más o menos personales, autojustificativas o doctorales, recuperar esa antes citada definición del diccionario, del mismísimo diccionario de la Real Academia de la Lengua, que, recordemos, nos aseveraba que el columnista, es un “redactor o colaborador de un periódico, al que contribuye regularmente con comentarios firmados e insertos en una columna especial”¹⁰. Lo que a renglón seguido nos lleva a dar un paso atrás para enterarnos – aunque haya quien nos recuerde

aquello del huevo y la gallina – que en opinión de la sesuda institución una columna (dejemos de momento lo de *especial*) es, cuando de “impresos y manuscritos” hablamos, “cada una de las partes en que se dividen las planas por medio de un corondel o línea que las separa”¹¹.

¿Qué les parece? ¿Podemos ya seguir adelante tranquilos, viento en popa, con la rotunda sabiduría de que columnista es quien se marca una columna que a su vez es una de las fracciones de las páginas de un impreso, vulgo, en nuestro caso, periódica publicación, diario que llamamos o revista? Lo cierto es que no parece que hayamos adelantado gran cosa... No nos arredremos sin embargo. Tornemos de nuevo la vista al curre de los estudiosos para ver si acabamos – o mejor comenzamos – a aclararnos...

Echemos mano, por ejemplo, de lo que nos dice el profesor de Periodismo de la Universidad de Navarra y autor de un buen número de ensayos al respecto Fernando López Pan. Práctico él, se enfrenta al problema enunciando los rasgos que a su juicio caracterizan a esa columna en cuya definición precisa quizá – esperemos - se esconda la clave de todo el asunto. Rasgos que de inmediato, impecablemente didáctico, pasa a diferenciar como externos por un lado, internos por otro.

Entre los externos estarían, en un primer nivel, la firma fija – la columna ligada siempre al nombre de su autor – su publicación en una sección también fija y su asiduidad de aparición; en un segundo plano estarían asimismo la relevancia tipográfica que la distingue visualmente y una extensión siempre muy similar. Es decir, atendiendo a estos aspectos – y echando mano de otro experto, Gonzalo Martín Vivaldi, la columna sería “un espacio fijo que un medio de comunicación asigna a una determinada firma”¹². O, por acumular citas, un espacio que, coincidiendo en ello con prácticamente cuantos autores tratan el tema, Esteban Morán Torres redonda que tiene como líneas definitorias “la asiduidad, la extensión uniforme, la ubicación fija en la página y la presentación destacada del resto de los contenidos de la plana”¹³. Hasta aquí, por tanto, todos de acuerdo, incluido quien les habla.

¿Y los internos, los rasgos internos? Pues López Pan nos dice, lo primero, que “la columna se caracteriza por su absoluta libertad”¹⁴, una libertad que se concretaría en libertad de temas e ideas, en – y ojo que de esto vamos a largar mucho – libertad de estilo (incluido el tono) y en libertad de estructura,

bien distinta a la habitual de sus compañeros de página, los textos informativos tan en general sometidos a la omnipresente ley de la “pirámide invertida”, es decir, lo contado graduado en importancia para que en cualquier momento se pueda cortar sin perderse lo esencial; por el contrario, nos subraya López Pan, en la columna si la entrada es fundamental, también lo es, y mucho, el final; y libertad, por fin, de formas expresivas, es decir, de maneras de usar el lenguaje. Libertades pues que, como consecuencia, propician un amplio abanico de tipos de columna según se utilice para su redacción la narración, la representación (el diálogo) o la argumentación: columna narrativa, columna representativa (pudiendo ser ambas tanto ficticias como reales), columna argumentativa o, por supuesto, una columna que combine tales usos. Libertad pues, por encima de todo, en tema, acometida y realización, característica que evidentemente nos lleva a seguida a la responsabilidad de su autor no sólo en su aspecto ético sino en lo que afecta a su propia supervivencia como columnista: en cada salida se va a jugar su prestigio como tal.

Mucho me temo sin embargo que, en su disquisición sobre las características internas de la columna, López Pan pierde un poco de vista la generalidad para irse en cierto grado a la particularidad, atribuyendo a la columna, así a secas, algo que, en mi modesta opinión, sería más apropiado reservar más particularmente para esa “columna personal” que es sobre la que anuncié que iba a centrar – y espero no tardar ya demasiado en sacarla a bailar – mi intervención. De modo que, reconociendo lo interesante de estas apreciaciones de López Pan (y a quien, desde luego, pienso volver) creo que será bueno, precisamente para ir perfilando con más nitidez la figura de nuestra protagonista, dar paso a otros planteamientos. Por ejemplo aquellos en los que la ya también citada profesora María Jesús Casals, dando otro paso hacia el mejor saber de lo que hablamos, nos precisa cómo una columna puede definirse desde diferentes ángulos según el criterio que para ello adoptemos: su relación espacial con el periódico – que en cierta medida es punto ya tocado – su contexto histórico o su sentido normativo. Tomemos el primero de estos dos últimos caminos.

La columna – nos recuerda la profesora Casals volviendo a citar a Paul Johnson – es “mucho más vieja de lo que se cree”¹⁵ aunque sería más que discutible que hiciéramos caso al inglés cuando retrotrae su origen nada más y nada menos que al francés Montaigne como columnista fundador y a su

compatriota (compatriota de Johnson) Francis Bacon como egregio sucesor de aquél, al considerar que uno y otro “redactaban columnas en el sentido de que sus reflexiones eran breves y regulares, versaban sobre ciertos temas, estaban presentadas con pulcritud y eran muy legibles, y constituían una satisfactoria mezcla de conocimiento, argumentación, opinión personal y revelación de carácter”...¹⁶. Y no es que a uno, por la parte que le toca, le moleste aceptar tan distinguidos antecesores pero, en fin... Más razonable parece acogerse, si a ello vamos, a un nacimiento de la columna periodística que vendría a producirse en Europa a lo largo del siglo XVIII coincidiendo con la difusión de los primeros periódicos y a su posterior asentamiento en el XIX; ello nos permite a los columnistas españoles llamar “papá” o, si lo prefieren, “columnista antecesor” a don Mariano José de Larra que no es mala baza aunque nos meta de lleno en los tiquismiquis de la diferencia o no de la columna con el artículo en general y con el artículo de costumbres en particular, polémica que de momento vamos a obviar, cambiando indisimuladamente de ruta para irnos por la senda de otra clasificación de la columna, la que, dando por hecho su condición de género de opinión, la divide en dos grandes apartados: la columna analítica y la columna personal. Y aquí vamos a echar mano de otro experto en desbrozar estos andurriales, el profesor Martínez Albertos.

Distingue Martínez Albertos entre analista y comentarista: analista sería, en el quehacer periodístico, quien “escribe el análisis o explicación objetiva de los hechos noticiados y que aporta los datos precisos para interpretarlos correctamente”¹⁷ y comentarista en cambio quien “enjuicia **subjetivamente** (el énfasis es mío) los acontecimientos y que manifiesta de manera explícita su opinión”¹⁸. El análisis por tanto correspondería a lo que se suele llamar la interpretación periodística y el comentario se encuadraría dentro de la parcela de la opinión. Partiendo de esta consideración las columnas analíticas serían las redactadas por periodistas especializados que, con los adecuados conocimientos, documentación y acceso a las fuentes adecuadas, ofrecen en ellas datos que el relato urgente de los hechos típico del despacho o de la crónica informativa no proporciona, interrelacionan hechos, los contextualizan y sitúan con perspectiva, en una tarea de análisis y síntesis que incluso en muchas ocasiones no se remata con un juicio taxativo, dejando tal tarea al buen entender del lector. Su tono es por lo general puramente expositivo y didáctico,

incluso si es posible hasta distante o al menos distanciado, ajeno a apasionamiento alguno y si bien requieren claridad expositiva no exigen un lenguaje de especial brillantez digamos literaria. Yo diría que cuando están bien hechas son puro periodismo, puro buen periodismo. Nacida, cual tantos otros géneros periodísticos, en la prensa estadounidense de finales del siglo XIX, aunque no exactamente con las precisas características que acabamos de ver, es una forma de columnismo que es mucho más habitual en ese mundo anglosajón que la vio nacer que en el nuestro. Incluso hay quien, como el profesor de la Antonio de Nebrija Juan Cantavella, opina que en España la presencia de la columna informativa ha decrecido alarmantemente, hasta el punto, dice, “de que casi puede ser considerada como una rareza, una especie en extinción allá donde todo lo ahoga la omnipresente opinión”¹⁹.

Muy distinto es el caso de la columna personal, un tipo de columna que otro profesor de periodismo, Pedro Paniagua – partiendo de la citada distinción de Martínez Albertos – nos puntualiza cómo, frente a la columna de análisis que incluiría “el acontecimiento principal, antecedentes y circunstancias actuales, reacciones e interpretaciones y un análisis valorativo apoyado en razones probatorias objetivas”²⁰ – un calificativo por cierto, si se me permite la puntual digresión personal, sobre el que habría que matizar largo y tendido – frente a esta columna de análisis, repito, la columna de opinión, se basaría por el contrario “más bien en la argumentación apoyada en razones probatorias de carácter persuasivo y puntos de vista evidentemente personales”²¹. Y, dando un paso más, remata la semblanza señalando que a si la columna de opinión “le añadimos otros rasgos, tales como la nombradía del autor y la preocupación literaria, estaremos ante lo que comúnmente se denomina columna personal”²². Ya tenemos así situada, por fin, en el centro de la pista, los focos sobre él, el objeto mismo de este análisis.

No viene, por cierto, mal la imagen que me acabo de permitir colocando a la columna personal en medio del escenario y bajo el haz luminoso de los reflectores, porque en lo que desde luego parece haber casi unanimidad entre cuantos tocan el tema es que la columna personal es, hoy por hoy y entre nosotros, una de las vedettes de la prensa española: si en 1982 Concha Fagoaga afirmaba todavía que la expansión del columnismo en la prensa española (habría que puntualizar que dejando aparte admirables ejemplos puntuales) era

“un fenómeno reciente, dados los usos de censura que dominaron el sistema de comunicación de masas de nuestro país en la perduración de un régimen político autoritario”²³, tan sólo siete años después, en 1989, ya Muñoz Alonso señalaba que “en España existe un numeroso y brillante columnismo político que es peculiar y no tiene parangón con el de otros países”²⁴, cuidándose, eso sí, de precisar que se trataba – anótenlo para luego – de “un columnismo más próximo a la tradición española del costumbrismo ... que al news análisis anglosajón”²⁵. Y la situación no ha variado, quizá incluso esa presencia de la columna personal se ha incrementado en número y en importancia: si el profesor de la Universidad de Málaga Bernardo Gómez de Calderón afirma rotundo que “con toda probabilidad, ningún género periodístico atraviesa hoy en día un momento más feliz desde el punto de vista cuantitativo que la columna de opinión”²⁶ y que “servida en abundancia por los medios impresos, rica y variada en cuanto a contenidos, enfoques y estilos y vehículo de toda la gama de planteamientos sociales, políticos y culturales que conforman la opinión pública (o al menos de aquéllos que el establishment puede aceptar) la columna se ha convertido en una pieza insustituible del actual mosaico periodístico”²⁷, su colega Juan Cantavella, tras señalar que “no hace falta ser un gran experto para percatarse de la importancia y de la extensión que alcanza la columna periodística en nuestros días”²⁸ no se recata en afirmar que “algunos directores, que dotan a sus medios de excelentes informaciones y cuidan cada centímetro del papel que ofrecen, ponen también todo su empeño en captar a los mejores columnistas para sus páginas, convencidos de que el nombre de éstos y la calidad de sus textos atraen lectores y aumentan la influencia que irradian los contenidos”²⁹.

Pero, ¿qué demonios tiene la columna personal para despertar tanto entusiasmo? Aprovechemos que la tenemos ahí delante y bien iluminada para estudiar un algo más los rasgos que la definen y quizá hallemos en ellos pistas que nos expliquen la razón de su éxito. Y para ello voy a volver a echar mano de nuevo, sin pudor ninguno, del bueno del profesor López Pan, cuyo saber tanto usufructué al principio para luego permitirme incluso la impertinencia de criticarle siquiera fuera levemente y la desfachatez, que ahora confirmo, de anunciar que volvería a utilizar lo sólido de sus conocimientos para paliar la endeblez de los propios.

Afirma López Pan que el columnista – y ya expresé mi convencimiento de que muy probablemente en quien piensa es precisamente en el columnista autor de columnas personales – con sus elecciones de temas, de ideas, estilo y tono, junto a su defensa o ataque de valores y actitudes, va ahormando una manera de “decirse” que transparenta intenciones y gestos que, junto con ese modo de “decir” conforman lo que en términos de la retórica clásica sería el “ethos” del orador, el (juguemos con término tan actualmente usado y abusado, traído y llevado) talante. Así, según López Pan – y ojo al parche, que a mi parecer el profesor da en el clavo de lleno – “el columnista deja en sus artículos una impronta de sí mismo que configura un *talante* determinado que se convierte en un banderín de enganche: todos aquellos de entre los lectores cuyo *talante* coincide con el del columnista acaban convirtiéndose en su audiencia”.... “La coincidencia con ese talante – continúa diciendo – hace que nosotros otorguemos al columnista los rasgos de sinceridad, credibilidad y competencia..... De ahí nace una característica esencial: la fidelidad al columnista y la atmósfera de intimidad que existe entre columnista y lector”³⁰. Es un punto de vista defendido también, por ejemplo, por Martín Vivaldi cuando afirma que “el contraste de un buen artículo periodístico, su *ley*, es el comentario del lector” que piensa “esto es lo que yo digo. Y siente como un regusto íntimo de encontrar dicho por otro – bien dicho – lo que él ha pensado siempre”³¹. O, por decirlo con palabras similares de la profesora María Jesús Casals, los lectores quieren – queremos - que los columnistas “más que orientarnos, como debe hacer” por ejemplo “el genuino artículo editorial, piensen y sientan un poco por nosotros y nos reconforten por la expresión de la idea que tenemos pero que nunca hemos podido formular con esa precisión, o con ese sentimiento”³². Es un planteamiento a mi juicio más que acertado, al que sin embargo añadiría mi personal consideración de que también puede suscitarse entre autor y lector otra relación no sé si llamarla paralela: una paradójica “fidelidad a la contra” que hace que discrepantes radicales con la postura o ideas del columnista, acudan también una y otra vez al panal – en este caso para ellos más de hiel que de miel - de sus textos, en su caso no para afianzarse en posturas comunes sino para tener ocasión de criticarle y afirmarse en su opuesta toma de posición. En cualquier caso lo que sí queda claro es que el autor de una columna personal se crea en ella una personalidad como tal, una personalidad que López Pan

llama “personalidad de papel”³³, y que – sigo robándole ideas a este estudioso – a su vez los lectores, *sus* lectores se convierten en *audiencia*, en un colectivo de lectores que *se hallan a sí mismos* en lo que aquél escribe y, en base a esa sintonía, le son extremadamente fieles. Una “personalidad” que, evidentemente, no tiene que ser réplica de su propia individualidad pero que sí lo es para bastantes de *sus* lectores que, en una traslación en extremo simplista, pueden llegar a considerar, por ejemplo, que cuanta anécdota les cuente el columnista (y cualquiera de cuantos frecuentamos el género hemos tenido experiencia de ello) es no ficción, sino acontecer personal por el autor vivido al pie de la letra, deducción a todas luces errónea y falsa.

En cualquier caso, como dice María Jesús Casals, “la columna vale lo que valga su firma y se expresará según el talante de esa individualidad”³⁴, con lo que – sigo tomándole prestada la palabra a la profesora de la Complutense - “una de las características de la columna es que importan tanto la expresión como su contenido. La forma y el fondo”³⁵ apreciación que nos acerca ya a la premisa contenida en el propio título de mi intervención: al carácter literario que convive en la columna personal, inherente a su propia esencia, con el de sus periodísticos origen y corporeización, aunque - sigamos con la profesora Casals - se trataría “de “un producto literario para el consumo de masas, es decir, de un público muy amplio y que lee con prisas”³⁶. Sea como sea, producto literario; tan descaradamente literario que, como asevera el profesor Gómez Calderón, “buena parte de los estudiosos ponen en duda el estatuto periodístico del género”³⁷, afirmación a mi juicio que si tal vez quepa aplicarla en algunos casos no me parece que pueda, sin embargo, hacerse extensiva a la totalidad de un género que en muchos de sus ejemplos sí toma como punto de partida un hecho o una serie de hechos de la realidad habitualmente objeto de la actividad periodística – eso que llamamos la actualidad - aunque sea, eso sí, una realidad, una actualidad, subjetivamente interpretada e incluso cabe que recreada, literariamente recreada. Y por ello, cual bien precisa Gómez Calderón, aunque “su acusada heterodoxia textual no contribuye a facilitar la tarea del estudioso. Los abundantes procedimientos literarios presentes en su codificación, ajenos al estilo estrictamente periodístico; la desconexión de la actualidad más inmediata que ocasionalmente presenta, así como la exacerbada manifestación del “yo” del autor que suele encontrarse en ella, han hecho

de la columna personal un producto de difícil catalogación, sin embargo, es posible abordar el columnismo literario desde la perspectiva de la Nueva retórica, conceptualizada como teoría de la Argumentación por Chaïm Perelman y Loucie Olbrtechs-Tyteca y hacer de esta modalidad opinativa un género netamente periodístico³⁸. Y es que, como continúa precisándonos, “desde hace aproximadamente dos décadas proliferan los autores que llaman la atención sobre el carácter retórico de la comunicación periodística³⁹, una consideración que, nos dice Gómez Calderón, ya hacía suya, desde parámetros bien distintos, Martínez Albertos al identificar en el periodismo de opinión al legítimo heredero de la retórica clásica, y en la que redundaba a su vez, por ejemplo, el profesor de la Pompeu y Fabra Josep María Casasús al afirmar que “la Retórica, a pesar de las reticencias que existen para admitirlo, está absolutamente viva en los procesos que alimentan la comunicación social contemporánea⁴⁰. Y Gómez Calderón no duda en ofertarnos la propuesta de afrontar precisamente el análisis retórico de los artículos de opinión – y por tanto de la columna, tipo particular de ellos – “teniendo en cuenta todas y cada una de las etapas que la Retórica recepta establece para la elaboración del discurso⁴¹. Es decir, que, superando el planteamiento de López Pan que – recordemos – centraba su atención en el *ethos*, habría que tener asimismo en cuenta la *intellectio*, la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*. Según el pensamiento de Gómez Calderón – y que me perdone por resumirlo tan atropellada y supongo que infielmente – la *intellectio* se referiría al tema o asunto sobre el que versa el texto y dado que aunque ese tema sea absolutamente libre, lo más habitual es que, cual apuntaba, se ciña a algún aspecto de la actualidad aunque no le sean ajenos motivos costumbristas o estrictamente personales, condiciona con frecuencia la elección de argumentos y recursos elocutivos del columnista. La *inventio*, por su parte, englobaría los argumentos usados para persuadir a la audiencia de lo acertado del planteamiento de la columna, utilizando tanto los que se apoyan en la propia competencia o fiabilidad del autor – ahí tenemos a nuestro viejo conocido, el *ethos* – como los que se encuentran en el propio discurso (entre ellos silogismos cuyas premisas son verosímiles, y como tal aceptadas por la audiencia, pero no necesariamente verdaderas, por oposición a los silogismos lógicos que parten de premisas necesarias) y también las que tratan de mover las pasiones de esa audiencia (*pathos*) e incluso las falacias

o refutaciones aparentes, argumentos que se presentan como válidos pese a ser inadmisibles desde el punto de vista de la lógica, y a este respecto es lástima que no tengamos tiempo para entrar en su detalle, pero recordemos por ejemplo la importancia que puede revestir por ejemplo la argumentación por el ridículo, con la ironía o la hipérbole como armas más que efectivas”...La *dispositio* haría referencia al cómo se ordenan los argumentos a lo largo del texto – texto, recordemos, que se pretende persuasivo - que puede tener tanto una estructura deductiva (que arrancando de un premisa ideológica general la aplica a un juicio concreto sobre casos particulares) como inductiva (que partiendo de un suceso aislado, una anécdota, un ejemplo, una analogía, trata de alcanzar juicios de validez universal - procedimiento, a mi modo de ver, bastante usado en las columnas - o una estructura circular que a partir de una anécdota o de un intertexto o un estribillo que se reitera al principio y al final – también muy usado por los columnistas – configurando un marco para la tesis del autor lo que, nos puntualiza Gómez Calderón, “confiere a la columna una apariencia de ... producto completo en sí mismo, muy sugerente desde el punto de vista argumentativo”⁴². Y por último, en este nuestro recorrido – de la mano siempre de Gómez Calderón – por la elaboración retórica del discurso columnístico, repasemos la *elocutio* que, en el caso concreto de este género – en el que “el ingenio, la creatividad léxica y la *voluntad de estilo* se encuentran muy acentuados”⁴³ nos llevaría especialmente a detenernos en las figuras retóricas, en el léxico y en la intertextualidad, dado que “la mayor parte de los recursos elocutivos que se detectan en la columna personal entran dentro de alguna de estas categorías”⁴⁴. Es sin duda una propuesta no sólo interesante sino a mi juicio muy atractiva la de este experto por más que, lógicamente, no podamos aquí y ahora entrar en el detalle que sin duda merecería...

Bien pues aquí tenemos, por tanto, a la columna, a caballo entre su origen y su esencia periodísticos y su también incuestionable realidad, hoy por hoy, como artefacto literario, un artefacto literario – Francisco Umbral ha llegado a hablar de la columna como “el soneto del periodismo”⁴⁵ – una propuesta literaria de la que Félix Blanco ha llegado a decir que “pocos medios de expresión alcanzan en España” su “riqueza de matices lingüísticos”⁴⁶; una forma expresiva que Luisa Santamaría y Libertos consideran “a mitad de camino entre la literatura y el periodismo pero más próxima a la primera que

al segundo”⁴⁷; un género al que a mi juicio se le pueden aplicar perfectamente las consideraciones que el profesor de la UNED pamplonesa Martín Nogales otorga al artículo literario, ya que – es mi consideración personal - estoy convencido de que la columna personal no es en estos momentos sino una de las formas que aquél puede adoptar. Pues bien, Martín Nogales afirma que el artículo literario - que a su juicio es un “género mixto, limítrofe entre el periodismo y la literatura, entre la crónica objetiva y la recreación personal” - y al que “la crítica literaria lo infravalora con frecuenciase ha convertido en un fenómeno significativo en la historia de la literatura reciente” por tres motivos: por “una importancia cuantitativa” que objetivamente obligaría a tenerlo en cuenta a la hora de abordar la historia de la literatura contemporánea, por “la calidad de su prosa” y por “la variedad”⁴⁸ de los que hoy por hoy se escriben en nuestro país, motivos que, como hace un instante afirmaba, pienso que son perfectamente aplicables a la columna personal. Un trasvase en cierta medida justificado por el hecho de que la columna como género específico, como tal estricta columna, tiene realmente una vida corta si no en su existencia real, sí al menos en cuanto a su consideración por los estudiosos. Como nos ha recordado el hispanista profesor de la Universidad de Edimburgo Alexis Grohmann no es sólo que “la columna como género propiamente dicho y en el sentido en que lo entendemos hoy” no aparezca en España hasta el recién pasado siglo, sino que “tan poca relevancia tiene como género bien delimitado en la prensa que sólo mediado el siglo XX aparece una primera referencia a ella en la Enciclopedia del Periodismo publicada en 1953” en la que “ se la nombra pero no se la considera lo suficientemente importante como para dedicarle un capítulo”⁴⁹, algo que contrasta con el auge que, como hemos visto, iba a experimentar a partir de los años sesenta y especialmente con la llegada de la democracia hasta alcanzar casi, casi, protagonismo de “vedette”. Sin embargo, como el propio Grohmann precisa, “históricamente podemos considerar que la columna actual responde a lo que en el viejo periodismo era el artículo de un colaborador fijo, denominándose columnista al que antes se llamaba articulista”⁵⁰ aún cuando, eso sí, con esa serie de características que hemos ido viendo – que espero haber hecho que hayamos ido viendo – siquiera esquemáticamente a lo largo de este discurso; una forma expresiva que, por seguir usufructuando al profesor Grohmann, habría tenido “un auge sin

parangón”, especialmente la que es cultivada por escritores, que contribuye a la configuración de un género en gran medida nuevo en las letras españolas, un género heredero, eso sí, de fuentes autóctonas y de una rica tradición de simbiosis entre literatos y prensa y de la prosa *impertinente* de aquellos que desde hace por lo menos dos siglos se ha introducido en los periódicos”. Y, al rastrear los “padres” del género, Grohmann no duda en citar ya no sólo a Larra (al que, sin dudar, califica de “protocolumnista” por “su concepción del articulismo como un género literario, la primacía concedida al estilo y los recursos históricos, la ficcionalización de la realidad y del *yo* y su empleo de la parodia, la sátira, el humor y el ridiculum en general con fines críticos)⁵¹ o a Mesonero Romanos, sino que menciona a prácticamente todos los escritores importantes del XIX, de Estébanez Calderón a Clarín, pasando por Bécquer, Campoamor, Alarcón, Valera o Galdós o, saltando a la siguiente centuria, a las colaboraciones que Corpus Barga escribiera como corresponsal desde París para el diario El Sol en los años diez y veinte, y remarca “la importancia que siguió teniendo el artículo (y en menor medida, la columna) en la posguerra, con cultivadores como Josep Pla, Víctor de la Serna y otros como Rafael Sánchez Mazas, José María Pemán o César González Ruano”⁵² que tan próximo aquí, en Cuenca, nos resulta. Y ya que tanta mano estoy echando del profesor Grohmann y de su conocimiento - y antes de seguir avanzando, bajo su guía, por el propio devenir histórico de la columna - no me resisto a, insistiendo en el saqueo, reseñar, siquiera sea de paso, su interesante tesis de que la columna nace de la necesidad sentida por las empresas periodísticas de diferenciar voces y opiniones tras una etapa en la que los periódicos, que en un principio se habían identificado claramente con la voz de su director o del redactor que firmaba sus contribuciones, hubieran ido, a lo largo del XIX despersonalizándose y creando – es concepto textual de Grohmann – “el mito de la objetividad, en gran medida porque, convertidos en empresas capitalistas, los periódicos” quisieron “apelar a un amplio sector de la población”, un desiderátum que condujo a “la redacción de manera impersonal de la noticia por lo menos en el periodismo informativo”⁵³. Sin embargo, continúa, “la división del trabajo, la profesionalización del periódico y la especialización de la empresa capitalista” habrían conducido a esa aludida “necesidad de diferenciar las distintas voces que componen el periódico”⁵⁴. De ahí que – y aquí Grohmann cita a su

vez a Antonio López Hidalgo – si antes “el artículo firmado hacía también las funciones del editorial (que eran) editoriales personales que coincidían con la voz de la empresa, pues ambas opiniones coincidían” ahora iba a surgir esa necesidad de diferenciación de voces y opiniones: “la de la propia empresa, a través del editorial, y la de los periodistas o colaboradores, a través de otros géneros de opinión, como la columna”⁵⁵. Cabría aquí añadir que este hecho puede conducir a la incluso en ocasiones voluntariamente perseguida presencia en un rotativo de determinado sesgo ideológico de columnistas diríamos “disidentes” de esa postura oficial del medio, que es argucia que – como nos recuerda sagazmente María Jesús Casals – “da réditos por una sencilla razón: amplía el mercado. Y supone, además, una estrategia de aparente pluralismo ideológicamente eficaz”⁵⁶.

Cumplida la digresión, retomo – de nuevo de la mano de Grohmann (voy a tener que pagarle derechos) - el hilo de su recorrido histórico para tornar a recordar la ya varias veces aludida floración de columnistas que, recogiendo el testigo de firmas ya presentes en los últimos tiempos de la dictadura cual, por ejemplo, la de Manuel Vázquez Montalbán, se inicia en los tiempos de la transición para desembocar en el momento de auge alcanzado en los años noventa por este género, al que sin duda cabe enmarcar dentro del nuevo periodismo que se desarrolla en nuestro país desde finales de los sesenta y hasta los primeros ochenta de la pasada centuria, y que Albert Chillón caracterizara como “una corriente periodísticoliteraria marcada entre otras cosas, por una actitud de acento crítico e intelectual, heredada de la mejor tradición periodística española”⁵⁷. Gente como - vuelvo a citar textualmente a Grohmann - “Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent, Francisco Umbral, Maruja Torres o Rosa Montero ... empiezan a buscar nuevas formas de escritura y a cultivar un periodismo innovador y diferente” basado, en palabras ahora de la propia Rosa Montero, en “la subjetividad, la búsqueda lingüística y literaria de lo que estás escribiendo, no solamente del lenguaje sino también de una estructura literaria”⁵⁸. Estaríamos pues en lo que María del Pilar Palomo describe como “una invasión de los procedimientos literarios en la escritura periodística”⁵⁹ y, con ello, dándonos ya de frente y por derecho con la mismísima propia columna personal tal y como hemos venido definiendo. Estaríamos ya en ese género a caballo entre el periodismo y la literatura y que, un paso más

aún, como uno y otra aspira a ser reconocido, cual prueba el hecho de que - sin querer en ningún momento renunciar tampoco a su condición de cronistas - sus autores no duden en incluirlos en el corpus total de su obra literaria y (favorecidos también en bastantes ocasiones por la conversión de su firma en una especie de marca comercial cultivada y promocionada por el propio grupo comunicativo que les publica) sea cada vez más frecuente que recopilen sus textos como columnistas en forma de libro, el soporte por excelencia de la literatura, aunque con ello, desprendida de esas señas identificativas con las que aparece en las páginas del periódico y a partir de la cual empezábamos a definirla - periodicidad, extensión similar, lugar determinado, presentación tipográfica diferenciada, lo que Grohmann llama su “paratexto o exergo”, corra el riesgo - a lo mejor, digo yo, hasta deseado por algunos de sus autores - de que la columna originaria, al leerse “de manera distinta” al ser “sacada de su contexto inicial del periódico”, se pueda convertir “en un texto con otro género, en cuento, artículo de opinión, ensayo, crónica o fragmento de novela”⁶⁰ en lo que quizá - sería cosa de pensarlo con más detenimiento - pudiera considerarse como una prueba más de su (permítanme el palabro) “literaturidad”, si hacemos caso a la afirmación del propio Grohmann cuando señala que “todos los textos, especialmente los literarios, precisan del exergo, no se pueden definir en su esencia porque no la tienen o no tienen una esencia que baste por sí misma para definir su género o no de manera inequívoca”⁶¹... Todo un campo, sin duda, para la discusión, aunque sería otra discusión.

Y certificado, creo yo - y perdónenme la presunción en gracia al haberlo intentado en su mayoría con mimbres ajenos, con mejores argumentos que los propios - el carácter entre literario y periodístico del género, y dado que estamos donde estamos y hablo donde hablo, me gustaría, en los pocos minutos ya que voy a consumir, hacer - nuevo atrevimiento - un repaso siquiera sea a mataballo, de corre prisas, de estas ambivalentes características del género en algunos - que se me perdonen, por Dios, las omisiones - de sus practicantes en Cuenca, en un recorrido que desde luego no pretende ni de lejos ser exhaustivo sino meramente ilustrativo, simple modesta colección de ejemplos de su ejercicio en Cuenca o por periodistas y escritores conquenses desde la posguerra hasta nuestros días.

Si el recorrido lo diseñamos de una manera más o menos cronológica,

resulta evidente que debe iniciarse sin duda – siguiendo con la terminología hasta el momento manejada – por los que bien pudiéramos considerar, recupero el término, como protocolumnistas. Ejemplo claro sería el de Federico Muelas cuyos artículos - en palabras de otro practicante del género, Carlos de la Ricala “obra de un periodista admirable, de fluida prosa, clara y hermosa, rotunda e impecablemente construida”⁶² y en los que – atentos al cómo asoma ya la oreja la literatura por más que sean trabajos publicados en la prensa – “él se siente humildemente capaz de incrementar la imagen literaria de un mundo circundante al que enoja con su imaginación y el golpe certero de su palabra”⁶³. Y es que efectivamente y, cual era de esperar aunque Muelas ostentara la condición de cronista oficial, el escritor se hace notar: la literatura ahorma sin rebozo sus textos tanto cuando, tomando un hecho noticioso, cual el fallecimiento de Albert Einstein, recuerda, partiendo de una imagen fotográfica, la amistad del científico con los niños, cuanto – aún más – cuando, lucubración de puro escritor, nos habla del cajón del aparador al que, en la casa familiar, van “a parar las cosas cuando el uso las ha mutilado o empobrecido”⁶⁴, cuando en su “Repaso al barrio viejo” afirma cómo, al echar la vista atrás, “somos exactamente lo que recordamos y apenas si el hombre dispone a lo largo de la vida de una alcancía mejor”⁶⁵, o en “Ese tiempo que cuenta el reloj”⁶⁶ cavila sobre el paso de aquél, aunque en otras ocasiones adopte estilo e intenciones más puramente periodísticas y opinativas en artículos como “Mirar, no; leer”⁶⁷, donde deja bien patente su opinión sobre la a su juicio sustantiva ventaja del libro frente al tebeo para los jóvenes lectores, o como “Cantables; y ya está bien”⁶⁸, claro alegato contra la baja calidad de los textos de las canciones festivaleras. Literatura y periodismo se aúnan por otro lado en sus artículos cuando glosa, a partir en ocasiones de un hecho puntual – la publicación de un libro, por ejemplo - a tantas y tantas figuras de escritores. No sería sin embargo el comentario de un sucedido concreto – lo que entendemos por una noticia - su punto de arranque habitual y, a la hora de sopesar periodismo y literatura, habría que inclinarse a mi juicio por esta segunda, claramente dominadora, avasalladora diría, en textos como los que conforman sus artículos de viajes.

Ejemplo diáfano ya del columnista personal, es César González Ruano, cuya traída a colación aquí se justifica plenamente no sólo por su asentamiento en la ciudad a lo largo de prolongadas estancias, sino por la atención que a

sus temas y a los de la provincia otorgó en sus textos tanto en los escritos para la prensa local – para el diario *Ofensiva* – como en los publicados en otros medios: los diarios madrileños *Arriba* o *Informaciones*, el barcelonés *La Vanguardia*, el vallisoletano *Libertad* o la revista *Fotos*. Reconocido en el ámbito general, cual quedó dicho, como uno de los primeros verdaderos columnistas personales del periodismo español, articulista - cual ha escrito el ya antes citado eximio representante que fuera del género, Francisco Umbral - que, “romántico puro escribe siempre desde el Yo y llega a decir, parafraseando a D’ors: *Lo que no es autobiografía es plagio*” yendo “a lo general por lo personal y particular, que en último extremo es lo que interesa a la gente”⁶⁹, González Ruano fue un magnífico ejemplo de la exitosa cohabitación entre literatura y periodismo. No es tiempo de ahondar ahora en sus columnas sobre Cuenca, - magníficamente estudiadas por los profesores Hilario Priego y José Antonio Silva en su trabajo introductorio al volumen que, publicado por la editorial El Toro de Barro los reúne⁷⁰ - pero sí anotar, siquiera sea a vuela palabra, cómo en esos textos con Cuenca como motivo y como realidad paralela a la personal, cabría distinguir, cual hacen espléndidamente estos autores, varias etapas. La inicial “se caracteriza sobre todo – son citas textuales de estos investigadores – por la sorpresa. Una sorpresa con una doble vertiente: de un lado, César admira la riqueza monumental y la deslumbrante belleza que Cuenca ofrece al visitante; de otra, lamenta profundamente el deplorable estado de deterioro de conservación en que se encuentra buena parte de la ciudad y el olvido de ésta en todas las rutas del turismo nacional”⁷¹. En la siguiente, dando un paso más, indaga “sobre el sentido de la ciudad tal como ésta se le muestra, y trata de descubrir su esencia característica, su peculiar rasgo definidor” intentando “una particular interpretación poética de la singular configuración urbana y monumental de la ciudad” que cobra “una particular significación” transformándose en “recuerdo y trasunto de la muerte”⁷², fase a propósito de la cual Priego y Silva nos hablan de la influencia de la barrojana novela “*La canóniga*” en la visión sobre Cuenca de González Ruano que, apoyado en una clara distinción entre la ciudad antigua y la moderna y transido de sentimiento romántico, “ve a la ciudad a través del espejo de su yo, y su mirada interior transforma la realidad externa de Cuenca, la interpreta, desde su personal obsesión por la muerte”⁷³. Tras su instalación en la ciudad González Ruano cam-

bia su modo de verla y muestra un cierto optimismo por su renacimiento y su despertar; convencido de que Cuenca puede ser para él su “barrio de Europa”, la “pequeña ciudad” que cada hombre necesita, va a tratar de reflejar “la visión interna de la vida en una capital de provincias hacia el inicio de los años sesenta, de esa vida que normalmente no percibe el visitante ocasional, demasiado distraído en la búsqueda de tópicas imágenes externas”⁷⁴; son artículos que en general se sitúan dentro de la tradición del costumbrismo, sin que, sin embargo, dejen también, de alguna manera, “traslucir toda la languidez, la rutina y la desesperanza que atenazan a la sociedad abúlica y cerrada” de esa “pequeña ciudad”⁷⁵. Vendrían luego, finalmente, textos que se van cargando “de un tono de desilusión y desesperanza que presagian la que habrá de ser solución definitiva entre el escritor y la ciudad: la ruptura”⁷⁶.

Mucho menos periodista que César González Ruano, Carlos de la Rica – propulsor no tengo que recordárselo a nadie, de esta Institución que hoy, con tanta benevolencia, me acoge - deja fe de su “entrañamiento” con Cuenca (uso el término que le adjudicara el también miembro de esta Real Academia, Enrique Domínguez Millán) en los numerosísimos artículos que conforman su continuada presencia, ya desde los años mismos de su iniciación literaria, en las páginas de la prensa local. Unos artículos cuyos primordiales elementos constitutivos serían, según el propio Domínguez Millán, a quien leo textualmente, “los seres y los lugares. Entre los lugares están aquellos con halo de leyenda y aquellos con hálito de historia. Y entre los seres, desde los artesanos del barro o del telar hasta los artistas de la gubia, la pluma o el pincel sin olvidar a los maestros de nuestra gastronomía y a los agricultores que han logrado prestigiar en el mundo algunos de los mejores frutos de nuestros campos”⁷⁷ Temas de Cuenca – precisemos de inmediato que no se limitó a ellos y citemos al respecto, tan sólo a modo de uno de los muchos ejemplos posibles, sus crónicas de viajes - que lo primero que hay que señalar es que no están tratados con ninguna alicorta óptica “castiza”, ya que su autor supera claramente tal limitación tanto ideológica como estéticamente. Aliados su buen conocimiento del mundo grecolatino y su fascinación por el universo judío y por la Cábala, en sus artículos laten siempre, inseparables, su buen hacer literario y su inclinación por lo mítico y lo fantástico. En sus series “Loa y elogio de las cosas de Cuenca” y “Los mimbres de mi cesta” repasa tanto la geografía provincial (en óptica

siempre teñida de historia o de leyenda) cuanto, como nos indicaba Domínguez Millán, la casi completa nómina de artistas, artesanos, escritores y, ya que de ello vamos, de articulistas – Federico Muelas, por supuesto; González Ruano, desde luego; pero también, por ejemplo, los dos Raúles, Torres y del Pozo a los que aludiré dentro de un instante - que en Cuenca fueron, o eran, o posiblemente iban a ser, o aquellos otros que con Cuenca tuvieron o tenían relación, aunque, eso sí, sin entrar en demasiadas ocasiones en el comentario de otros hechos noticiosos de la actualidad, en un quehacer volcado, cual en el caso de Federico Muelas, más del lado literario que del estrictamente periodístico.

Viajero del Júcar, del Huécar, de la geografía conquense toda, pero también de cuanta a tiro se le ponga y de siempre presto a dejarse enganchar en cualquier esoterismo, magia o heterodoxia que haya existido, exista o existir pueda (y si no ya se lo inventará él) Raúl Torres, periodista y escritor asimismo integrante de esta Real Corporación, es ya un columnista típico por más que también, en cuanto a lo aquí nos interesa, articulista casi desde siempre. Cronista oficial de Cuenca, los distintos periódicos conquenses han contado con sus colaboraciones puede decirse que desde siempre y aún más desde que se radicó definitivamente en la ciudad tras su jubilación de otros menesteres, en un quehacer que continúa día a día, en estos últimos tiempos en el diario La Tribuna, y en el que los temas – sus viajes, los sucesos literarios o artísticos pero también otros pertenecientes a cualquier otra área - suelen andar, dentro de un estilo directo, familiar, casi de tú a tú oral, tocados en buen grado de literatura. Y por inventar – aludí hace un instante a esa faceta suya - se ha inventado, con los breves textos de su “Cuenca, Museo de la Humanidad” la minicolumna, esas no más de seis o siete líneas cuando más, con las que, bajo el disfraz de un pie de foto, comenta la pintura, el dibujo o la fotografía que su voluntad ha decidido agregar al siempre en expansión total de ésa su imaginaria colección. Es un modo de columna del que distingo como nota característica esa brevedad que, por otra parte, aún cuando con realización concreta muy distinta, incluida la semejanza de extensión, guarda a mi juicio alguna similitud, siquiera sea por tanto analógica, con los comentarios – a medio camino entre el artículo, la columna y un pie de foto elucubrador que publicara en el diario El País otro columnista de postín en el ámbito nacional, Juan José Millás.

Otro Raúl conquense, Raul del Pozo, es un ejemplo casi modélico de columnista tal y como he venido entendiendo el género a lo largo de todo este discurso. Con una extensa trayectoria periodística como reportero, como enviado especial, como corresponsal, como espléndido cronista parlamentario y como comentarista, columnista (y yo añadiría polemista en todo tiempo, lugar y ocasión) desarrollada, tras sus comienzos como colaborador en el desaparecido Diario de Cuenca, en multitud de medios de ámbito nacional – Pueblo, Interviú, El Independiente, Diario 16, Mundo Obrero, El Mundo –y finalmente incorporado también, con sus novelas, al mundo de la narración, Raúl del Pozo es ante todo un periodista de raza y aunque su hacer literario es evidente (no es nada fácil, se lo digo de corazón, y bien sé de lo que hablo, escribir sus columnas cual las escribe) ese “ser periodista” palpita de continuo en sus columnas nacidas prácticamente en toda ocasión de la actualidad más última y casi siempre referidas a hechos y temas de neto carácter socio-político; columnas, por otro lado, de clara toma de postura, apasionadas y amantes del cuerpo a cuerpo dialéctico, que han provocado que en el animado blog va, blog viene, del electrónico universo de Internet, quizá sea uno de los columnistas – para bien y para mal, sujeto tanto de las loas como de los ataques más furibundos – más citados y comentados. Y fue, por cierto, navegando por la red precisamente, como vine a encontrar, en uno de éstos sus innumerables blogs - “Abladías de Fernando Polo” - una descripción de su hacer que me resultó particularmente llamativa y que probablemente (sería cosa de preguntárselo) no le disgustaría al propio interesado: Fernando Polo hablaba en ella de Raúl del Pozo como de “un tahúr audaz y afinado que sobresale con su prosa requemada y por no juntar dos frases sin despeinarse”⁷⁸

Y voy a ir, dándome cada vez más prisa - y mal reduciendo por tanto la extensión que les debería, mis excusas de nuevo - a enumerar aún unos cuantos ejemplos totalmente instalado ya en el ahora mismo, simplemente destacando en su hacer alguna de esas características que he ido asignando a la columna personal o en último extremo al menos nombrándoles. Dejando fuera tantos otros, habría también que reseñar al menos la labor como articulista y columnista – dentro del amplísimo espectro de sus actividades: humorista, actor, presentador y guionista televisivo, novelista, tertuliano radiofónico – del desaparecido José Luis Coll, caracterizada cual era lógico esperar, por las

presencias del humor y de ese personal surrealismo que, aliado al juego y la pirueta verbales, tan presente estuviera en sus mano a mano con Luis Sánchez Polack “Tip” o en su archifamoso Diccionario, en el que – cual dijera Cela – reinventara “el lenguaje de primera mano”⁷⁹. Y, cada vez más rápido y – permítanme el juego – recordando precisamente una de las columnas de José Luis Coll, “Gé bolesdo es el gadarro”, en la que imitaba con la graffía empleada la nasal distorsión que en el habla produce un fuerte trancazo, paso a referirme a un periodista y escritor, una de las grandes voces radiofónicas conquenses, Luis Calvo, miembro que fuera también de esta Institución, que en su práctica como columnista hizo especialmente popular, a su vez, el uso en buena parte de sus textos del género - publicados en la revista El Banzo bajo el epígrafe de “El vasallo de Huesas” o en el semanario “Crónicas de Cuenca” con el de “El pastor de las Huesas del Vasallo – de un lenguaje, artificio lingüístico-literario, que venía a reproducir en lo escrito el modo de expresión verbal de un aldeano de la Sierra.

También integrante de esta Corporación, José Luis Muñoz Ramírez, empeñado divulgador de los temas conquenses tanto como periodista cuanto como escritor y editor de libros y revistas y verdadero maestro del periodismo escrito conquense de la transición, es asimismo uno de los más conspicuos ejercitantes del columnismo provincial, en un hacer por lo general muy unido al día a día de Cuenca pero nada remiso tampoco a tocar de tanto en cuando cualquier otro tema de más amplio ámbito físico o temático, pero siempre muy directamente relacionado con la actualidad; un columnismo, por tanto, en el que la faceta periodística se impone claramente a la literaria hasta convertirle en quizá el ejemplo más patente de los citados, junto a Raúl del Pozo, de este modo de abordar el género. Así ha sido durante muchos años y así lo sigue siendo en esa su diaria sección “Sunset Boulevard” que tan a mano tenemos cada mañana en El Día de Cuenca, el periódico donde también muestran semanalmente su diversa personalidad los columnistas agrupados bajo el rótulo común de “Columna Cinco”: Ángel Luis Mota, otro integrante de esta Real Academia y que también ejerce de articulista en la revista Crónicas - el humor siempre presente en sus textos, muy frecuentemente unido a la presencia de su costumbrista personaje, Renato – Miguel Ángel Ortega – la opinión directa, punzante y sin ambages de la actualidad social o política – Francisco Mora –

que alterna el comentario del hecho puntual de la actualidad con recreaciones de marcado cariz literario, a veces casi minicuentos – Francisco Page – cuya visión ácidamente crítica suele presentarse con el atuendo de un lenguaje de alto vuelo estilístico – o, perdonen la propia personal impúdica mención por aquello de no dejar cojo al conjunto, mis propios textos, si un martes directamente atados a algún hecho noticioso, otros claramente vencidos del lado de la creación. En este mismo medio impreso – El Día de Cuenca – publica asimismo sus artículos, siempre atento a cualquier tema conquense, enamorado de su tierra y sus costumbres – José Vicente Ávila – y a él se ha incorporado también como columnista en fecha reciente Santiago Yubero, con entregas en las que suele latir más o menos soterrada, y cual era de esperar, su condición de psicólogo y pedagogo.

En otra publicación periódica ya desaparecida, Nuevo Diario del Júcar, aparecieron a su vez cada lunes, de febrero a diciembre de 1991, un conjunto de columnas genéricamente nominadas “Calidoscopio” en las que el buen ojo como informador cultural de su joven firmante, José Joaquín Blasco, se aliaba a un estilo literario poco común, para contarnos los entresijos de una Cuenca a veces descrita casi bajo el punto de vista del viajero atento (su autor llegó de fuera a la ciudad y de ella se marcharía al finalizar su contrato) y cuya calidad pudimos recuperar con gozo seis años después, con su publicación como libro bajo el lírico título de “Cuenca, mon rêve”⁸⁰. En el otro diario presente ahora mismo en la oferta informativa conquense, La Tribuna, ha publicado y publica a su vez sus textos, en paralelo esfuerzo al de su cotidiano trabajo como informador y entrevistador, José - Pepe - Monreal; textos en los que la reflexión y la opinión personal, tan característica del género, puede ser propiciada tanto por un hecho noticioso próximo, como por la rememoración introspectiva o el comentario costumbrista, la ironía aquí y allá de tanto en cuando codeándose en bastantes ocasiones con el guiño burlón al lector, en un expresarse claramente propio del que son buena muestra – a más de las que continúa ofreciendo desde las páginas de su medio – los no hace tanto, poco más de tres años, recopilados en libro bajo el título de “Artículos determinados”⁸¹. Y al referirnos a los columnistas de La Tribuna habría asimismo que mencionar las presencias en alguna etapa anterior o ahora mismo – y vuelvo a pedir perdón por las casi seguras omisiones – de Pilar Monedero o Teresa Marín, al

fin firmas femeninas (y se les nota, además, por fortuna, la militancia de género) en una relación tan aplastantemente masculina, o a Fernando Cabañas, Manuel Gutiérrez Tuñón – el conocimiento lingüístico presente en sus textos – Alejandro de la Cruz o José Luis Miral. Y habría también que reseñar, por ejemplo, los realmente buenos textos de Gorka Díez, tan atento siempre a los temas culturales en su habitual trabajo de redactor - aparecidos no en medios impresos sino en la red, en Internet, en concreto en la página sincolumna.com ...En fin, ya señalé – reitero mis excusas por ello - la imposibilidad de un repaso lo preciso que el tema merecería.

Espacio de libertad o cajón de sastre, género fagocitador cuyas características esenciales serían la primacía de estilo y forma sobre el propio contenido, del cómo sobre el qué, en el que prima lo que se ha llamado “la voluntad de estilo” (si esto no es literatura que venga Dios y lo vea) y la ficcionalización del yo, “un yo – en palabras de Javier Cercas – que soy yo y no soy yo al mismo tiempo”⁸², producto de la creatividad estética de francotiradores con elevado grado de carta blanca sobre los que pesan acusaciones de endogamia, canibalismo y supersuficiencia, artefacto aprisionado entre su pretensión de género periodístico en cuanto creador-transmisor de una realidad (interpretada, eso sí, con la mayor libertad del mundo) y sus ínfulas, y también reales características, literarias, he aquí, señores, mi visión de la columna personal con la que, cual quedó dicho, también vengo manteniendo, especialmente en los últimos tiempos, una descarada y pública relación de hecho. Un género que siempre admiré en sus dominadores – algunos de las cuales he citado a lo largo de mi intervención – y a cuya práctica (tan adictivo ya para mí cuanto lo es en sus buenos ejemplos para el lector) me costaría infinito renunciar, aunque reconozca esa condición de “liturgia rara, rarísima” con que la definiera Eduardo Haro Tecglen con cuyas palabras, mucho mejor que con las mías, quiero terminar. Decía el maestro: “Pienso que ahora, cuando escribo, habrá otras muchas personas en España haciendo lo mismo: la columna. No sé cuantas. Es una forma de comunión curiosa, en una liturgia rara, rarísima. Una profesión poco defendible: escribir algo más de treinta líneas cada día sobre lo que todo el mundo sabe, y meter en medio nuestras cosas: a veces un ramalazo de amor, otras de desidia y de su soplo de abandono, o el dolor del puntapié que nos da el oficiante de al lado. Hacemos una cacería continua de algo que

no existe: la realidad. Tratamos de buscar antecedentes, leyes generales: de fingir que hubo un pasado, cuando hubo tantos, y que hay un futuro, cuando eso es lo que menos existe de todo. Intentamos comunicarnos: dar palabras a quienes piensan lo mismo que nosotros, pero no las tienen dispuestas; o producir ira a quienes están en las antípodas⁸³... Con el recuerdo del decir de Haro Tecglen pongo punto final al mío... Muchas gracias.

NOTAS

- (1) BLANCO, Félix. “Columnismo: una visión subjetiva en la prensa española” *Congreso de Zacatecas*[en línea] [ref. de 16/01/2007]Accesible en Internet: <http://cvc.cervantes.es/obref/congresos/zacatecas/prensa/comunicaciones/blanco.htm>
- (2) UMBRAL, Francisco. Id.,ib.
- (3) REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Diccionario. Id., ib.
- (4) Id. ib.
- (5) Id. ib.
- (6) SORELA, Pedro (2000). “Las columnas impiden ver el bosque” *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*. nº 6: 15-20 pág. 17.
- (7) JOHNSON, Paul Jonson (1997) *Al diablo con Picasso y otros ensayos*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor 1997. Según CASALS CARRO, María Jesús. “La columna periodística: de esos embusteros días del ego inmarchitable” [en línea][ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.ucm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-03.htm
- (8) CASALS CARRO, María Jesús. Id., ib.
- (9) Id., ib.
- (10) REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Diccionario. Microsoft Encarta.
- (11) Id., ib.
- (12) MARTIN VIVALDI, Gonzalo. Según LÓPEZ PAN, Fernando. “La columna: ¿género literario o periodístico?” [en línea] Conferencia pronunciada en Pamplona el 25 de abril de 2002. [ref. de 15/01/2007] Accesible en Internet: www.sincolumna.com
- (13) MORÁN TORRES, Esteban. *Géneros del periodismo de opinión* (1988:126) Según PANIAGUA, Pedro. “Columnismo deportivo digital: noticia, ficción y kitsch” [en línea] [ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.ucm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-06.htm
- (14) LÓPEZ PAN, Fernando “La columna: ¿género literario o periodístico?” [en línea] Conferencia pronunciada en Pamplona el 25 de abril de 2002. [ref. de 15/01/2007] Accesible en Internet: www.sincolumna.com
- (15) JOHNSON, Paul Jonson (1997) *Al diablo con Picasso y otros ensayos*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor 1997. Según CASALS CARRO, María Jesús. “La columna periodística: de esos embusteros días del ego inmarchitable” [en línea][ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.ucm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-03.htm
- (16) Id., ib.
- (17) MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis. (1991) *Curso general de Redacción Periodística*. Madrid: Mitre. Según CASALS CARRO, María Jesús. Id., ib.
- (18) Id., ib.
- (19) CANTAVELLA, Juan. “La columna informativa: un desafío de exigencia entre la omni-

presente opinión” [en línea] [ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.ucm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-04.htm

(20) PANIAGUA, Pedro. “Columnismo deportivo digital: noticia, ficción y kitsch” [en línea] [ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.ucm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-06.htm

(21) Id., ib.

(22) Id., ib.

(23) FAGOAGA, Concha. Según LÓPEZ PAN, Fernando (1995) *La columna periodística. Teoría y práctica* Eunsa. [en línea] Según el resumen del título citado aparecido en “El columnismo en los libros” [ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.sincolumna.com/columna_vertebral/libros/lopez_pan/historia_columna.ht...

(24) MUÑOZ ALONSO, Alejandro. Según LÓPEZ PAN, Fernando Id., ib.

(25) Id., ib.

(26) GÓMEZ CALDERÓN, Bernardo. (2004) “De la intellectio a la elocutio: un modelo de análisis retórico para la columna personal”. *Revista latina de Comunicación Social* nº 57, enero-junio. La Laguna (Tenerife) [en línea] [ref. de 15/01/2007] Accesible en Internet: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/20040257gomez.htm>

(27) Id., ib.

(28) CANTAVELLA, Juan. “La columna informativa: un desafío de exigencia entre la omnipresente opinión” [en línea] [ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.ucm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-04.htm

(29) Id., ib.

(30) LÓPEZ PAN, Fernando “La columna: ¿género literario o periodístico?” [en línea] Conferencia pronunciada en Pamplona el 25 de abril de 2002. [ref. de 15/01/2007] Accesible en Internet: www.sincolumna.com

(31) MARTÍN VIVALDI, Gonzalo. Según LÓPEZ PAN, Fernando Id., ib.

(32) CASALS CARRO, María Jesús. “La columna periodística: de esos embusteros días del ego inmarchitable” [en línea][ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.ucm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-03.htm

(33) LÓPEZ PAN, Fernando “La columna: ¿género literario o periodístico?” [en línea] Conferencia pronunciada en Pamplona el 25 de abril de 2002. [ref. de 15/01/2007] Accesible en Internet: www.sincolumna.com

(34) CASALS CARRO, María Jesús. “La columna periodística: de esos embusteros días del ego inmarchitable” [en línea][ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.ucm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-03.htm

(35) Id., ib.

(36) Id., ib.

(37) GÓMEZ CALDERÓN, Bernardo. (2004) “De la intellectio a la elocutio: un modelo de

análisis retórico para la columna personal”. *Revista latina de Comunicación Social* n° 57, enero-junio. La Laguna (Tenerife) [en línea] [ref. de 15/01/2007] Accesible en Internet: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/20040257gomez.htm>

(38) Id., ib.

(39) Id. ib.

(40) CASASÚS, Josep M^a y NÚÑEZ LADEVEZE, L. (1991) *Estilo y géneros periodísticos*. Ariel, Barcelona. Según GÓMEZ CALDERÓN, Bernardo Id., ib.

(41) GÓMEZ CALDERÓN, Bernardo. (2004) “De la intellectio a la elocutio: un modelo de análisis retórico para la columna personal”. *Revista latina de Comunicación Social* n° 57, enero-junio. La Laguna (Tenerife) [en línea] [ref. de 15/01/2007] Accesible en Internet: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/20040257gomez.htm>

(42) Id., ib.

(43) Id., ib.

(44) Id., ib.

(45) UMBRAL, Francisco Umbral. Según CASALS CARRO, María Jesús. “La columna periodística: de esos embusteros días del ego inmarchitable” [en línea][ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.ucm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-03.htm

(46) BLANCO, Félix. “Columnismo: una visión subjetiva en la prensa española” *Congreso de Zacatecas*[en línea] [ref. de 16/01/2007]Accesible en Internet: <http://cvc.cervantes.es/obref/congresos/zacatecas/prensa/comunicaciones/blanco.htm>

(47) SANTAMARÍA y LIBERTOS Según LÓPEZ PAN, Fernando (1995) *La columna periodística. Teoría y práctica* Eunsa. [en línea] Según el resumen del título citado aparecido en “El columnismo en los libros” [ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.sincolumna.com/columna_verttebral/libros/lopez_pan/historia_columna.ht...

(48) MARTÍN NOGALES, J.L. (1998) Prólogo en GROHMANN (2005) “La escritura impertinente” *Ínsula* n° 703-704, julio-agosto PÉREZ REVERTE, Arturo. *Patente de corso*. Alfaguara 1998. PP. 17-20 [en línea] [ref. de 16/01/2007] Según resumen de “El columnismo en los libros” Accesible en Internet: www.sincolumna.com

(49) GROHMANN (2005) “La escritura impertinente” *Ínsula* n° 703-704, julio-agosto

(50) Id., ib.

(51) Id., ib.

(52) Id., ib.

(53) Id. ib.

(54) Id., ib.

(55) LÓPEZ HIDALGO, Antonio (1996) *Las columnas del periódico* Madrid. Ediciones Libertarias. (pp. 46 y 33) Según GROHMANN, Alexis Id.,ib.

(56) CASALS CARRO, María Jesús. “La columna periodística: de esos embusteros días del ego inmarchitable” [en línea][ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: <http://www.ucm.es/>

[info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-03.htm](http://www.uclm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-03.htm)

- (57) CHILLÓN, Albert. (1999) *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona: Aldea Global. p. 353
- (58) GROHMANN (2005) “La escritura impertinente” *Ínsula* nº 703-704, julio-agosto
- (59) PALOMO María del Pilar (1997) *Movimientos literarios y periodismo en España* Madrid: Síntesis. p. 450
- (60) GROHMANN (2005) “La escritura impertinente” *Ínsula* nº 703-704, julio-agosto
- (61) Id., ib.
- (62) DE LA RICA, Carlos (1981) “Palabras para finalizar una lectura” Epílogo del volumen en MUELAS, Federico. Carboneras de Guadazaón: El Toro de Barro. p. 297
- (63) Id., ib.
- (64) MUELAS, Federico (1981) “El rincón de ellos” en MUELAS, Federico, *Prosa* Carboneras de Guadazaón: El Toro de Barro, p. 121
- (65) MUELAS, Federico Muelas (1981) “Repaso al barrio viejo” Id., ib. p. 129
- (66) MUELAS, Federico (1981) “Ese tiempo que cuenta el reloj” Id., ib. P. 136-139
- (67) MUELAS, Federico (1981) “Mirar, no; leer” Id., ib. pp. 124-127
- (68) MUELAS, Federico Muelas “Cantables; y ya está bien” Id., ib. pp. 148-150
- (69) UMBRAL, Francisco (1994) *Las palabras de la tribu*. Barcelona: Planeta. Según CASALS CARRO, María Jesús. “La columna periodística: de esos embusteros días del ego inmarchitable” [en línea][ref. de 16/01/2007] Accesible en Internet: http://www.uclm.es/info/emp/Numer_06/6-3-Estu/6-3-03.htm
- (70) GONZÁLEZ RUANO, César (1984) *Artículos sobre Cuenca* Edición de PRIEGO, Hilario y SILVA, José Antonio. Carboneras de Guadazaón: El Toro de Barro.
- (71) PRIEGO, Hilario y SILVA, José Antonio (1984) Introducción a GONZÁLEZ RUANO, César. *Artículos sobre Cuenca* Carboneras de Guadazaón: El Toro de Barro. P. 38
- (72) Id., ib. p. 45
- (73) Id. ib. p. 49
- (74) Id., ib. p. 54
- (75) Id., ib. pp. 65-66
- (76) Id., ib. pp. 68-69
- (77) DOMÍNGUEZ MILLÁN, (1984) Prólogo a DE LA RICA, Carlos *Loa y elogio de las cosas de Cuenca*. Carboneras de Guadazaón: El Toro de Barro. Colección Los pliegos del Hocino. pp. 5-6
- (78) POLO, Fernando. Blog “Abladías de Fernando Polo” [en línea] [ref. 04/10/2007] Accesible en Internet: <http://abladias.blogspot.com/>
- (79) CELA, Camilo José Cela (1976) “Un diccionario cachondo y de primera mano”, prólogo para COLL, José Luis *El diccionario de Coll* . Barcelona: Planeta, 14ª edición 1976 p. 15
- (80) BLASCO, José Joaquín Blasco (1997) *Cuenca, mon rêve*. Zaragoza: Unaluna Ediciones

Colección Enrancias.

(81) MONREAL, Pepe (2004) *Artículos determinados (Determinados artículos)* Cuenca: Diputación de Cuenca, Serie Creación Literaria n° 20.

(82) CERCAS, (2000) *Relatos reales* (Prólogo) Barcelona: El Acanalado

(83) HARO TECGLÉN, Eduardo (1998) “Columnas” Fragmento de su columna diaria Visto/Oído, publicada en el diario El País 05/12/1998.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN A CARGO DEL
ILMO. SR.
DON PEDRO CÉSAR CERRILLO TORREMOCHA

Señor Director de la RACAL. Autoridades que nos acompañan. Señores académicos. Querida familia de José Ángel y amigos que lo acompañáis. Señoras y señores.

Quisiera manifestar, antes de nada, mi agradecimiento a José Ángel por hacerme el honor de que sea yo quien dé respuesta a su discurso de ingreso como académico de número en la Real Academia Conquense de Artes y Letras. Se han cumplido ya 33 años desde que nos conocimos: él llegó a Cuenca para trabajar como periodista (primero en *Diario de Cuenca*, enseguida en *Radio Nacional de España*), yo volvía a mi ciudad tras cinco años de estudios fuera. Era el año 1974, y en la ciudad se movía una notable inquietud cultural, a la que él se sumó enseguida: Cine Club o Amigos del Teatro, por poner dos ejemplos significativos. La vida de aquella Cuenca de entonces supo captarla el nuevo académico con sabia precisión en un escrito, fechado en agosto de 1974, que tituló “Amanecido en Cuenca”; en él, decía:

Cuenca de contrastes. Cuenca de Brecht y Manolita Chen. De Manolo Escobar y Ballet Ruso. De la abierta Feria y el cerrado recinto de Festivales. De la Banda de Música y el Otema. Del Júcar y el Huécar. De Carretería y la Plaza Mayor. De Pilares y República Argentina. De calma y camino. De Buenavista y Princesa Zaida. Cuenca de boina y arte abstracto. Cuenca de rosa y gris, de bajo y alto (...)

Nos hicimos amigos muy pronto, compartiendo proyectos, tertulias, cafés y amigos. Permítanme que ponga un ejemplo, para el que me apoyaré en ese dicho popular que habla de “tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol”, como experiencias ineludibles en la trayectoria vital de la perso-

na. Nuestro hijos mayores nacieron con cuatro meses de diferencia; nuestro primer libro (bueno el suyo casi era el segundo) lo publicamos “al alimón” (*Cuenca a dos voces*); y nuestra experiencia directa con la vida de un árbol fue casi simultánea, aunque más cercana en el tiempo y con algún pequeño matiz diferenciador, a favor de él: yo, como tanto hijo de vecino, me afané en plantar un membrillo que mi joven perra se dedicó a boicotear desde el inicio; José Ángel, en cambio, decidió que, mejor que plantar un árbol, era luchar porque no desapareciera uno ya crecido que él veía todos los días desde su casa: con decisión y compromiso llegó a encadenarse a él reivindicando la vida de un anónimo árbol que estaba sentenciado por la imposición de una inevitable rotonda. Aunque a todos sus amigos nos hizo gracia esa actitud, cuando nos detenemos a reflexionar podemos darnos cuenta del valor de una acción que demuestra compromiso con el entorno y el cuidado del medio ambiente, un compromiso también manifestado en diferentes asuntos de la vida circundante y puesto por escrito, muchas semanas, en su columna de *El Día*.

Biólogo, periodista y escritor, y como tal, narrador, poeta y columnista. Sus inquietudes literarias las manifestó desde sus inicios profesionales, siendo constantes durante treinta años, justos los que van desde el año en que publicó su primer libro, 1977, hasta hoy, 2007. Además, a mi entender, la literatura ha sido para José Ángel García un excelente contrapunto con el que podía poner a trabajar su desbordante lenguaje, frente a las contenciones que imponen los mecanismos automáticos del trabajo diario de un redactor. Premio Castilla La Mancha de periodismo radiofónico, Premio Eladio Cabañero y Premio Fray Luis de León de Poesía, José Ángel ha colaborado también con artistas plásticos consagrados como Miguel Á. Moset o Julián Grau Santos, en excelentes publicaciones.

Redactor de R.N.E. en Cuenca, ha escrito, en diversas publicaciones periódicas, como *La Estafeta Literaria*, *Ya*, *El Banzo*, *Carpeta*, *Olcades*, y ahora en *El Día*, como columnista y como responsable de las páginas culturales.

Precisamente, a su faceta de columnista quisiera dedicarle la primera de las consideraciones que sobre su obra haré aquí; la segunda, después, será sobre su poesía. Él lo ha dicho ya, *entre la literatura y el periodismo*: así son sus columnas “personales”, con capacidad, además, para elevar a categoría de lectura literaria lo que es, en ocasiones, un mero asunto circunstancial. Los

temas elegidos por José Ángel son variados: la prisa, la madrugada, la naturaleza, la paz, la propia escritura,... Él es capaz de unir literatura y periodismo: no puede evitar –ni falta que hace, por supuesto– la metáfora, el hipérbaton o la perífrasis, es decir, ese uso “extraño” del lenguaje que caracteriza el lenguaje literario, dándole sentido; pero, junto a ello, es capaz de comunicarnos sus reflexiones, en las que se unen argumentos, opiniones o conocimientos sobre un titiritero, una cena de Navidad o el origen de la vida.

¿Quién no se ha sentido identificado con el momento que él nos transmitió en una columna que tituló “Dios”?, cuando el hombre que habla, tras llegar a su casa finalizada la jornada:

Descubrió cómo, sin causa concreta alguna que parezca justificarlo, hay días que la tristeza te va creciendo a bajo piel, a dentro alma, como una hierba maligna que poco a poco te va emponzoñando la sangre hasta trastocar en dolor, desesperación, aroma a muerte su misma esencia de vida.

¿Quién, con la experiencia de tener un perro, no se identifica con ese hombre angustiado de la columna de José Ángel, a quien su perra, en silencio, se acercó, olisqueó y quedó largo rato junto a él? El narrador nos lo explicó así:

Ni uno ni otra se movieron en un buen rato. Nada parecía hacerlo tampoco. Gradualmente fue sintiendo disminuir la presión en el pecho, desaparecer el gusto acerbo de la saliva en la boca. Un observador atento quizá hubiera percibido la mínima lágrima que le resbaló mejilla abajo. Fue cuando comprendió que hay ocasiones en las que Dios marcha a cuatro patas, meneando la cola y tiene húmedo el hocico.

Él lo ha dicho hace un momento: el columnista ha sido descrito como “cazador de tópicos” o “vendedor de intimidades”, de “filósofo mundano” o “escritor de piezas cortas”. En cualquier caso, sus columnas demuestran algo que es inseparable de la columna: la libertad de temas, de opinión y de estilo de quien escribe. José Ángel se mueve con soltura uniendo conocimientos, argumentos y opiniones personales, con el aderezo de sus, siempre presentes, preocupaciones literarias, a las que difícilmente puede sustraerse: todo ello le lleva a un cierto desnudamiento que permite, en no pocas ocasiones, que el lector vislumbre ciertas intenciones, algunos gestos comprometidos o una forma esclarecedora de tratar asuntos polémicos, lo cual el lector atento, sin duda, agradece.

La segunda consideración, como ya anuncié, quiero hacerla de su obra poética. Autor de una amplia obra poética: *Cuenca a dos voces* (1977), *Cuatro cosas de mi gato y otras más* (1977), *Cómico en faena en lona de palabras* (1982), *Borrador de tránsitos* (1994), *Ritmos de luz y sombra* (1996), *El día que todas las mujeres del mundo me desearon* (2000), *Sólo pájaros e vuelo* (2004), José Ángel también ha escrito narrativa: *El regreso y otras historias de la Ciudad Encantada* (1999), y trabajos muy especiales como *Insistiendo en la excelencia. Gustavo Torner: un collage* (2006), en el que ahonda en la figura humana y artística de Torner, también en su pensamiento, con un originalísimo planteamiento, en el que une periodismo y literatura una vez más, con resultados brillantes.

Entre quienes nos interesamos por la poesía (como creadores, como lectores o como críticos), José Ángel García, desde sus primeros poemas publicados (*Cuenca como un largo trago de ansias compartido*), se ganó fama de poeta difícil. Otros libros posteriores (*Cuatro cosas de mi gato y otras más* y *Cómico en faena en lona de palabras* –con el que ganó el Premio “Ciudad de Cuenca”–) intensificaron esa inicial opinión. La evidente dificultad de algunos de sus textos no debe, no obstante, provocar una barrera infranqueable entre sus versos y los lectores, porque, superado ese primer obstáculo, nos encontramos ante una escritura desbordante en su expresión, pero muy medida en su estructura, tanto interna como formal.

La primera lectura de la mayoría de sus libros nos sitúa, aunque con una pizca de inseguridad todavía, ante un mundo interior que se exterioriza a impulsos, incluso –a veces– desordenadamente: larguísimas proposiciones cargadas de sentimientos o de ideas, marcadas por pronunciados hipérbatos o perífrasis; o expresiones formadas por la unión de vocablos no esperables pero con resultados bellísimos: “directo amor en beso por lo simple” o “el perfectible mínimo producto”. Pero esa impresión inicial se queda en mera apariencia, porque tras ella está un minucioso trabajo de construcción del poema, un continuo esfuerzo de corrección y un deseo de que el resultado final sea, formalmente, armónico.

Sus libros suelen destacar por su lenguaje, en el que se acumulan, con notable acierto, abundantes recursos de estilo: la continua presencia de larguísimos paréntesis que retrasan mucho el final de la frase iniciada, las aposicio-

nes, las imágenes o los ya citados hipérbatos, que se terminan convirtiendo en un sello de estilo, inconfundible, en el que hay dificultad pero también una especial musicalidad. Además, sus poemarios suelen destacar por su estructura interna, así como por su capacidad para encadenar construcciones sugestivas y por su minucioso cuidado de las formas, resultando, muy a menudo, libros de una riqueza expresiva desbordante, no exentas de ironía a veces, como en los versos que dan inicio al magnífico *El día que todas las mujeres del mundo me desearon*:

*El día que todas las mujeres del mundo me desearon
estaba de vacaciones: no pudieron encontrarme.
El día que todas las mujeres del mundo ansiaron mi presencia
y a casa por teléfono, por fax o por la red
llamaron en busca de una cita
tan sólo por respuesta hallaron el eco de su ansia.
El día que todas las mujeres del mundo (todas menos una)
con pasión total reclamaron a coro mi presencia,
ese día –ese día justo– andaba yo ausente de
mi habitual domiciliada angustia y
no les pude siquiera decir no, lo siento, de verdad, no puedo...
no, gracias, lástima, otra vez será...*

Con nuestros mejores deseos de vida, trabajo y amistad, bienvenido a la Academia.

